

especuladores adelantarse á los consumidores en la compra de comestibles y géneros y en proporcionar los pagos en asignados con la cantidad de papel en circulación. La expulsión de los jacobinos en brumario había sido el principio de la ruina de los patriotas; el acontecimiento del 12 germinal la aceleró, pero el de pradiel la completó. La mayoría de los ciudadanos que les eran opuestos, no por realismo, sino porque temían un nuevo terror, estaban más desencadenados que nunca y los perseguían con el mayor encarnizamiento. Encerrábase y se desarmaba á todos los hombres que habían servido celosamente á la revolución, y se ejercían con ellos actos tan arbitrarios como con los antiguos sospechosos. Las prisiones se llenaban como antes del 9 termidor, pero sólo con revolucionarios; el número de los detenidos no se elevaba, como entonces, á cerca de cien mil, pero sí á veinte ó veinticinco mil. Los realistas triunfaban: el desarme ó encarcelamiento de los patriotas, el suplicio de los diputados montañeses, el procedimiento comenzado contra otros muchos, la supresión del tribunal revolucionario, la restitución de las iglesias al culto católico, y la reorganización de los guardias nacionales eran otras tantas medidas que les llenaban de regocijo y de esperanza. Lisonjeábanse de que bien pronto obligarían á la revolución á destruirse á sí misma, y que se vería á la república aprisionar ó condenar á muerte á todos los hombres que la habían fundado. A fin de acelerar este movimiento intrigaban en las secciones, excitábanlas contra los revolucionarios y las inducían á los últimos excesos.

Muchos emigrados regresaban, ó con pasaporte falso, ó bajo el pretexto de pedir la cancelación de sus causas. Las administraciones locales, renovadas desde el 9 termidor y llenas de hombres débiles ó enemigos de la república, prestábanse á todas las mentiras oficiales que de ellas se exigía; todo cuanto tenía por objeto dulcificar la suerte de aquellos á quienes se llamaba víctimas del terror, parecía permitido, y proporcionaban así á muchos enemigos de su país el medio de entrar en él para desgarrarle. En Lyon y en todo el Mediodía continuaban reapareciendo secretamente los agentes realistas; las compañías de Jehú y del Sol habían cometido nuevos asesinatos. Los diez mil fusiles, destinados al ejército de los Alpes, se distribuyeron inútilmente á la guardia nacional de Lyon, pues no se sirvió de ellos, y dejó matar el 25 pradiel (13 junio) á muchos pa-

triotas. Las aguas del Saona y del Ródano arrastraron de nuevo cadáveres; en Nîmes, Avignón y Marsella se perpetraron asesinatos semejantes: en esta última ciudad fué asaltado el fuerte de San Juan, y renováronse los horrores de septiembre contra los prisioneros.

El partido dominante de la Convención, compuesto de termidorianos y girondinos, se defendía contra los revolucionarios; pero vigilando al mismo tiempo á los realistas, comprendía la necesidad de reprimirlos. En su consecuencia, decretó en el acto que la ciudad de Lyon sería desarmada por un destacamento del ejército de los Alpes, disponiendo se destituyese á las autoridades que habían dejado cometer los asesinatos de los patriotas. Al mismo tiempo se previno á los comités civiles de las secciones que revisasen las listas de los detenidos, mandando poner en libertad á los encarcelados sin motivo suficiente. Excitadas las secciones por los intrigantes realistas, subleváronse al punto, y dirigieron peticiones amenazadoras á la Convención, diciendo que el comité de seguridad general dejaba libres á los terroristas, devolviendo las armas. Las secciones de Lepelletier y del Teatro Francés (Odeón), siempre las más ardientes contra los revolucionarios, preguntaron si se quería restablecer la facción abatida, y se hablaba de monarquía en Francia para hacer olvidar el terrorismo.

A estas peticiones, con frecuencia poco respetuosas, los interesados en el desorden agregaban los rumores más capaces de agitar los ánimos. Decían que Tolón había sido entregado á los ingleses; que el príncipe de Condé y los austriacos iban á entrar por el Franco Condado, mientras los ingleses penetrarían por el Oeste; que Pichegrú había muerto; que iban á faltar las subsistencias, porque se quería venderlas al comercio libre; y por último, que varios comités reunidos, temiendo los peligros públicos, habían deliberado para restablecer el régimen del terror. Los diarios consagrados al realismo excitaban y fomentaban todos estos rumores; y en la agitación general podía decirse verdaderamente que había vuelto el reinado de la anarquía. Los termidorianos y los contrarrevolucionarios se engañaban al llamar anarquía al régimen que había precedido al 9 termidor: este régimen fué una dictadura espantosa; la anarquía comenzó desde que dos facciones, casi iguales en fuerzas, combatían sin que el gobierno tuviese bastante poder para vencerlas.

CAPÍTULO XXX

Situación de los ejércitos del Norte y del Rhin, en los Alpes y los Pirineos, hacia mediados del año III. - Varios proyectos de traición de Pichegrú. - Estado de la Vendée y la Bretaña. - Intrigas y planes de los realistas. - Se renuevan las hostilidades en algunos puntos de los países pacificados. - Expedición de Quiberón. - Aniquilamiento del ejército realista por Hoche. - Causas del poco éxito de esta tentativa. - Paz con España. - Paso del Rhin por el ejército francés.

La situación de los ejércitos había cambiado poco, y á pesar de haber transcurrido ya la mitad de la estación favorable, no había ocurrido ningún acontecimiento de importancia. Después de haber recibido Moreau el mando del ejército del Norte, acampó en Holanda; Jourdan obtuvo el del ejército de Sambre y Mosa, situado en el Rhin, hacia Colonia; y Pichegrú el del Rhin, acantonado después en Maguncia hasta Estrasburgo. Las tropas se hallaban en una penuria que no se había hecho más que aumentar por la debilidad de las medidas del gobierno y la ruina del papel moneda. Jourdan no tenía un solo pontón para pasar el Rhin ni un solo caballo para conducir su artillería y sus bagajes. Kléber carecía delante de Maguncia de una cuarta parte del material necesario para sitiarse á esta plaza. Los soldados desertaban todos al interior, pues la mayor parte creían haber hecho lo bastante por la república, llevando sus gloriosas banderas hasta el Rhin. El gobierno no sabía proveerlos ni emplear ó avivar su ardor con grandes operaciones: tampoco se atrevía á apelar á la fuerza para que volviesen á sus filas los desertores. Se sabía que á los jóvenes de la primera quinta que habían penetrado en el interior, ni se les buscaba ni se les castigaba; en París mismo se hallaban favorecidos por los comités, cuya milicia voluntaria componían comúnmente. Era, pues, considerable el número de desertores, los ejércitos habían perdido la cuarta parte de su fuerza, y por dondequiera se notaba aquel desaliento general que hace dejar el servicio al soldado, descontentando á los jefes y poniendo en riesgo su fidelidad. El diputado Aubry, encargado en el comité de salvación pública del personal del ejército, había hecho una verdadera reacción contra todos los oficiales patriotas, y en favor de los que no habían servido en los dos grandes años de 93 y 94.

Si los austriacos no hubieran estado entonces tan desmoralizados, esta era la ocasión en que habrían podido vengarse de sus pérdidas; pero se rehacían muy lentamente al otro lado del Rhin, y no se atrevían á impedir las dos únicas operaciones intentadas por los ejércitos franceses, el sitio de Luxemburgo y el de Maguncia. Eran estas dos plazas los únicos puntos que conservaba la liga en la orilla izquierda del Rhin: la toma de Luxemburgo concluía la conquista de los Países Bajos haciéndola definitiva; y la de Maguncia privaba á los imperiales de una cabeza de puente que les facilitaba hacer el paso del Rhin con seguridad. Lu-

xemburgo, bloqueada durante todo el invierno y la primavera, se rindió por hambre el 6 mesidor (24 de junio). Maguncia no podía entregarse sino por sitio, pero faltaban los materiales; era menester atacar la plaza por ambas orillas, y para esto se necesitaba que atravesasen el Rhin Jourdan ó Pichegrú, operación difícil á la vista de los austriacos é imposible sin pontones. De modo que nuestros ejércitos, aunque vencedores, se hallaban paralizados por el Rhin, que no podían atravesar, faltándoles recursos y resintiéndose, como todas las partes del gobierno, de la debilidad de la actual administración.

Todavía era menos satisfactoria nuestra situación en la frontera de los Alpes, porque á lo menos en el Rhin habíamos logrado la importante toma de Luxemburgo, mientras perdimos terreno por la frontera de Italia. Mandaba Kéllermann los dos ejércitos de los Alpes, que se hallaban en el mismo estado que los demás, y reducidos, además de la desertión, por haberse sacado de ellos algunos destacamentos. El gobierno ideó una ridícula intentona contra Roma. Queriendo vengar el asesinato de Basseville, envió diez mil hombres á la escuadra de Tolón, repuesta enteramente por el cuidado del antiguo comité de salvación pública, y trataba de enviarlos á la embocadura del Tíber para imponer una contribución á la ciudad pontificia, volviéndose luego inmediatamente á sus navíos. Por fortuna malogró este proyecto un combate naval que se dió contra lord Hotham, de cuyas resultas hubieron de retirarse ambas escuadras igualmente maltratadas. Devolvióse al ejército de Italia la división que se le había quitado, pero fué preciso al mismo tiempo enviar á Tolón un cuerpo que combatiere á los terroristas y otro á Lyon para desarmar la guardia nacional que había consentido los asesinatos de los patriotas. Así era que los dos ejércitos de los Alpes se hallaban privados de una parte de sus fuerzas á la vista de los piemonteses y austriacos, reforzados con diez mil hombres que llegaron del Tirol. Aprovechando el general Dewins la coyuntura de haber enviado Kéllermann una de sus divisiones á Tolón, atacó á su ala derecha hacia Génova; mas no pudiendo resistir á fuerzas superiores, se vió obligado á replegarse. Siguiendo siempre con su centro en el collado de Tenda sobre los Alpes, dejó de extenderse por la derecha hasta Génova y tomó posesión detrás de la línea de Borghetto. Era de temer que en breve no hubiese comunicación con Génova, cuyo comercio en grand iba á su-

frir grandes dificultades, así que ocupase el enemigo la orilla de Poniente.

Tampoco se había hecho nada decisivo en España. Nuestro ejército de los Pirineos orientales ocupaba constantemente la Cataluña hasta las orillas del Fluviá, en las que se habían sostenido inútiles combates, sin poder adelantar un paso. En los Pirineos occidentales organizaba Moncey su ejército, desmembrado, por las enfermedades, para entrar en Guipúzcoa y dirigirse hacia Navarra.

Aunque nada habían perdido nuestros ejércitos sino en la parte de Italia, y aunque habían conquistado una de las primeras plazas de Europa, se hallaban, como hemos visto, mal administrados, conducidos débilmente, y resintiéndose de la general anarquía que reinaba en todos los ramos de la administración.

Era, pues, aquel el momento favorable, si no para vencerlos, porque el peligro hubiera renovado en ellos su energía, á lo menos para poner á prueba su lealtad é intentar proyectos de contrarrevolución. Hemos visto á los realistas y gabinetes extranjeros tratar de varias empresas sobre las provincias rebeldes; á Puisaye y la Inglaterra meditar un plan para bajar á Bretaña, y á la agencia de París y España proyectar una expedición á la Vendée. Al mismo tiempo ideaba la emigración penetrar en Francia por otro punto, intentando acometerlos por el Este, mientras se efectuaban por la parte opuesta expediciones de España é Inglaterra. El príncipe de Condé tenía su cuartel general en el Rhin, donde mandaba un cuerpo de dos mil quinientos infantes y mil quinientos caballos. Debía mandarse á todos los emigrados que viajaban por el continente que se reuniesen á él, bajo la pena de ser expulsados por las potencias de los territorios respectivos, y de este modo se aumentarían bien pronto las fuerzas con todos los emigrados hasta entonces inútiles; dejando los austriacos ocupados en el Rhin, para contener á los ejércitos republicanos, trataría de penetrar por el Franco Condado, marchando sobre París, mientras que el conde de Artois se acercaría por su parte con los insurgentes del Oeste. Si esto no daba buen resultado, quedaría la esperanza de obtener por lo menos una capitulación como la de los vandeanos, existiendo las mismas razones para pedirla. «Nosotros, dirían los emigrados que hubieran tomado parte en la expedición, somos franceses que han apelado á la guerra civil, pero en Francia y sin admitir extranjeros en nuestras filas.» Los partidarios del proyecto decían que este sería también el único medio para que los emigrados volviesen á Francia, bien por la contrarrevolución ó ya por una amnistía.

El gobierno inglés, que había tomado las fuerzas de Condé á sueldo y que deseaba mucho hacer alguna tentativa hacia el Este, mientras que él operaba por el Oeste, insistía para que el príncipe acometiese otra cualquiera. Prometióle por conducto de su embajador en Suiza, Wickam, socorros en dinero y los medios necesarios para organizar nuevos regimientos. El intrépido príncipe no deseaba otra cosa sino acometer una empresa; era incapaz de dirigir un asunto ó una batalla, pero hallábase dispuesto á marchar con los ojos cerrados hacia el peligro apenas le indicasen dónde estaba.

Sugirióle la idea de tratar de sobornar á Pichegrú,

que mandaba el ejército del Rhin. El terrible comité de salvación pública no asustaba ya á los generales, porque no tenía ya la vista fija en ellos y la mano levantada para castigar: la república, que pagaba á sus oficiales con asignados, no les daba apenas con que satisfacer sus necesidades más apremiantes; los desórdenes suscitados en su seno hacían dudar de su existencia y alarmaban á los ambiciosos, que creían perder por su caída las altas dignidades conquistadas. Sabíase que á Pichegrú le gustaban las mujeres y el libertinaje; que los cuatro mil francos anuales que recibía en asignados, valiendo apenas doscientos francos en la frontera, no podían bastarle, y que estaba disgustado de servir á un gobierno vacilante. Recordábase asimismo que en germinal había prestado mano fuerte contra los patriotas en los Campos Eliseos, y todas estas circunstancias hicieron pensar que Pichegrú sería tal vez accesible á las ofertas brillantes. En su consecuencia, el príncipe se dirigió para tratar de este proyecto á Mr. de Montgaillard, y este último á un librero de Neuchatel, Mr. Fanche-Borel, que, súbdito de una república sabia y feliz, iba á convertirse en servidor obscuro de una dinastía bajo la cual no había nacido. Este Mr. Fanche-Borel se dirigió á Altkich, donde estaba el cuartel general de Pichegrú: después de haberle observado en varias revistas, acabó por llamar su atención á fuerza de seguir sus pasos; al fin osó dirigirle la palabra en un corredor; hablóle primeramente de un manuscrito que pensaba dedicarle, y habiendo provocado en cierto modo Pichegrú sus confidencias, explicóse al fin. Pichegrú le pidió una carta del mismo príncipe de Condé para saber con quién debía tratar. Fanche-Borel se dirigió entonces á Mr. de Montgaillard y éste al príncipe, quien necesitó toda una noche antes de resolverse á escribir una carta de ocho líneas. Tan pronto no quería calificar á Pichegrú de general, como temía reconocer la república, ó bien negábase á recurrir á poner su sello en el sobre. Por fin, escrita la carta, Fanche-Borel volvió á ver á Pichegrú, que reconociendo la escritura del príncipe entró desde luego en negociaciones. Ofreciósele el grado de mariscal, el gobierno de Alsacia, un millón en metálico, el castillo y parque de Chambord en propiedad, doce cañones tomados á los austriacos y una pensión de doscientos mil francos de renta, transmisible á su esposa é hijos. Además se le ofreció para su ejército la conservación de todos los grados, una pensión para los comandantes de plaza que se entregasen y la exención del impuesto durante quince años para las ciudades que abrieran sus puertas. Exigíase en cambio al general que enarbolase la bandera blanca y entregara la plaza de Huninga al príncipe de Condé, marchando después con él sobre París. Pichegrú era demasiado astuto para admitir semejantes proposiciones; no quería entregar á Huninga, ni enarbolar la bandera blanca en su ejército, porque esto era comprometerse demasiado. Pidió que le dejaran pasar el Rhin con un cuerpo escogido; y una vez allí, prometía enarbolar la bandera blanca, ponerse al frente de las fuerzas de Condé y marchar después sobre París. No se comprende lo que podía ganar con esto su proyecto, porque tan difícil era sobornar al ejército en una orilla del Rhin como en la otra; pero no corría el peligro de entregar una plaza, ser sorprendido en el acto de hacerlo y no tener excusa

alguna para disculpar su traición. Por el contrario, trasladándose más allá del Rhin era dueño de no consumir aquella, caso de no entenderse con el príncipe y los austriacos; y si era descubierto demasiado pronto, podría aprovechar el paso obtenido para ejecutar las operaciones que le ordenara su gobierno, diciendo después que no escuchó la proposición del enemigo sino para utilizarse de ella. En uno ú otro caso reservábase el medio de hacer traición á la república ó al príncipe con quien trataba. Fanche-Borel llevó la contestación á los que le enviaban, pero despacháronle de nuevo para que insistiese sobre las mismas proposiciones. Fué y vino varias veces sin poder terminar la diferencia, que consistía siempre en que el príncipe deseaba obtener la plaza de Huninga y Pichegrú el paso del Rhin, no queriendo uno ni otro conceder tan gran ventaja. El motivo que impedía principalmente al príncipe consentir era la necesidad de apelar á los austriacos para que permitieran el paso; deseaba obrar sin su concurso y obtener para sí solo los honores de la contrarrevolución. Sin embargo, parece que se vió en la precisión de haber de dar cuenta al consejo áulico, en cuyo intervalo, vigilado Pichegrú por los representantes, hubo de suspender su correspondencia y su traición.

Mientras ocurría esto en el ejército, los agentes del interior, Lemaitre, Brottier, Despomelles, Laville-Heurnois, Duverne de Preste y otros continuaban sus intrigas. El joven príncipe, hijo de Luis XVI, había muerto de un tumor en la rodilla, efecto de un humor escrofuloso; los agentes realistas dijeron que había muerto envenenado, apresurándose á reunir las obras en que se trataba del ceremonial de la consagración para enviarlas á Verona. El regente había llegado á ser rey para ellos, y se llamaba Luis XVIII: el conde de Artois sería el heredero de la corona.

La pacificación no había sido sino aparente en los países insurrectos: los habitantes, que comenzaban á disfrutar de un poco de reposo y seguridad, estaban ciertamente dispuestos á permanecer tranquilos, pero los jefes y los hombres aguerridos que les rodeaban esperaban sólo la oportunidad de tomar las armas otra vez. Charette, que disponía de sus guardias territoriales, á los cuales se agregaron todos aquellos que tenían inclinación á la guerra, no pensaba, bajo el pretexto de hacer política, sino en preparar un núcleo de ejército para entrar de nuevo en campaña. No abandonaba ya su campamento de Belleville, donde recibía continuamente á los enviados realistas. La agencia de París le había remitido una carta de Verona, en respuesta á la que él escribió tratando de excusar la pacificación. El pretendiente le dispensaba de ofrecer excusas, conservándole su confianza y favor; nombrábale teniente general y le anunciaba próximos socorros de España. Los agentes de París, exagerando las expresiones del príncipe, lisonjaban la ambición de Charette con la más brillante perspectiva: prometíanle el mando de todos los países realistas y una expedición considerable que debía salir de los puertos de España con auxilios para los príncipes franceses. En cuanto á la que se preparaba en Inglaterra parecían no creer en ella. Los ingleses, según aseguraban, habían prometido siempre, y siempre engañado; era preciso, no obstante, servirse de sus medios, si se podía, pero con distinto objeto del que ellos se

proponían; debíase conseguir que llegasen á la Vendée los socorros destinados á Bretaña y someter este país á Charette, único que tenía la confianza del rey actual. Semejantes ideas debían lisonjear á la vez la ambición de Charette, su odio contra Stofflet, su envidia á la reciente importancia de Puisaye y su resentimiento contra Inglaterra, á la cual acusaba de no haber hecho jamás cosa alguna por él.

En cuanto á Stofflet estaba mucho menos dispuesto que Charette á tomar las armas, aunque hubiese mostrado más repugnancia en dejarlas. Su país era mucho más sensible que los otros á las ventajas de la paz, manifestando gran prevención contra la guerra. También él estaba profundamente resentido por las preferencias dispensadas á Charette, pues creía merecer tanto como su rival el grado de teniente general que le habían dado y disgustábase en extremo la injusticia de que se creía objeto.

La Bretaña, organizada como antes, hallábase dispuesta á una sublevación: los jefes de chuanes habían conseguido, así como los vandeanos, formar con sus mejores soldados compañías regulares, bajo el pretexto de asegurar la política del país. Cada uno de los jefes organizó su compañía de cazadores, que usaban levita y pantalón verdes y chaleco rojo, siendo aquéllos los chuanes más intrépidos. Cormatin, continuando en el desempeño de su papel, se daba una importancia ridícula: había establecido en la Prevalaye lo que él llamaba su cuartel general, y enviaba públicamente órdenes, fechadas allí, á todos los jefes de los chuanes; trasladábase de una división á otra para organizar compañías de cazadores; aparentaba reprimir las infracciones de la tregua cuando se cometía alguna, y parecía ser verdaderamente el gobernador de Bretaña. A menudo se presentaba en Rennes con su uniforme de chuan, que se había puesto de moda; allí recogía en los círculos los testimonios de la consideración de los habitantes y los elogios de las damas, que creían ver en él un personaje importante y el jefe del partido realista.

Seguía disponiendo en secreto á los chuanes á la guerra y correspondiéndose con los agentes realistas. Su situación respecto á Puisaye era comprometida; habíale desobedecido, abusando de su confianza, y desde este momento no le quedaba más recurso que echarse en brazos de los agentes de París, quienes le hacían esperar el mando de Bretaña, dándole á conocer sus proyectos con España. Esta potencia prometía 1.500.000 pesetas al mes con la condición de que se obrase sin auxilio de Inglaterra. Nada convenía mejor á Cormatin que un plan que le permitiese romper con Inglaterra y con Puisaye. Otros dos oficiales que este último había enviado de Londres á Bretaña, MM. de la Vieuville y Dandigné, habían adoptado también el sistema de los agentes de París, persuadiéndose de que Inglaterra quería engañar, lo mismo que en Tolón; servirse de los realistas para tener un puerto, hacer combatir á los franceses entre sí, y no facilitar ningún socorro verdadero, capaz de favorecer al partido de los príncipes, asegurando su triunfo. Mientras que una parte de los jefes bretones abundaba en estas ideas, los del Morbihán, de Finisterre y de las Costas del Norte, unidos hacía largo tiempo con Puisaye, acostumbrados á servir á sus órdenes, organizados por su celo y extraños á los intrigantes

de París, conservábanle afecto, llamaban á Cormatín traidor y escribían á Londres para manifestar que se hallaban dispuestos á tomar las armas. Hacían preparativos, compraban municiones y tela para hacerse corbatines negros, embaucaban á los soldados republicanos é inducíanles á desertar. Conseguíanlo fácilmente porque, dueños del país, tenían subsistencias en abundancia, mientras que los soldados republicanos, mal alimentados y sin tener más que papel para comprar su ración, deberían abandonar sus banderas para vivir. Por otra parte, habíase cometido la imprudencia de dejar muchos bretones en los regimientos que servían contra los países realistas, y era natural que se incorporasen á las filas de sus compatriotas.

Hoche, siempre vigilante, observaba con atención el estado del país; veía los patriotas perseguidos bajo el pretexto de la ley del desarme, á los realistas muy jactanciosos, á los arrendadores ocultando su grano, los caminos poco seguros, los carruajes públicos obligados á marchar con los convoyes para llevar escolta y á los chuanes formando conciliábulos secretos y en comunicación con las islas de Jersey. En su consecuencia escribió al comité y á los representantes para exponerles que la pacificación era un insigne engaño; que la república había sido burlada, y que todo anunciaba que muy pronto se tomarían las armas de nuevo. Había empleado su tiempo en formar columnas volantes, distribuyéndolas por todo el país con el objeto de asegurar la tranquilidad y caer sobre el primer grupo que se formara; pero el número de sus tropas era insuficiente para la superficie del país y la inmensa extensión de las costas. A cada instante exigía la presencia de sus columnas el temor de un movimiento en cualquier punto, ó la aparición de las flotas inglesas en las costas, fatigando mucho á los soldados tan continuadas excursiones. Para cumplir semejante servicio era necesario de su parte, así como del ejército, una resignación más meritoria cien veces que el valor de arrostrar la muerte; pero desgraciadamente los soldados buscaban una compensación á sus fatigas cometiendo excesos; el general estaba contristado, y costábase tanto reprimir aquéllos como vigilar al enemigo.

Muy pronto tuvo ocasión de coger á Cormatín in fraganti. Le interceptaron los pliegos que enviaba á varios jefes chuanes, y se adquirió la prueba material de sus ocultos manejos. Sabedor de que debía hallarse un día de feria en Rennes con algunos chuanes disfrazados, y temiendo que quisiese hacer una tentativa contra el arsenal, Hoche mandó prenderle en la tarde del 6 pradiar, poniendo así término á sus funciones. Los diversos jefes protestaron al punto quejándose de que se violaba la tregua; pero Hoche mandó imprimir en respuesta las cartas de Cormatín, enviándole con sus cómplices á las prisiones de Cherburgo, y al mismo tiempo dispuso sus columnas para caer sobre los primeros rebeldes que se presentasen. En el Morbihán acababa de sublevarse el caballero de Desilz; mas atacado al punto por el general Jorret, perdió trescientos hombres y sufrió una derrota completa, pereciendo al fin en la acción. En las Costas del Norte se insurreccionó también Bois-Hardi; su tropa fué dispersada, cogieronle á él mismo y le mataron. Furiosos los soldados por la mala fe de este joven jefe, que era el más temible del país, cortáronle la ca-

beza, colocándola en la punta de una bayoneta. Indignado Hoche al saber aquella falta de generosidad, escribió la carta más noble á sus soldados, mandando buscar á los culpables para aplicarles el castigo. Esta derrota tan rápida de los dos jefes que habían querido levantarse impuso á los demás, que permanecieron quietos, esperando con impaciencia la llegada de aquella expedición que les anunciaban hacía tanto tiempo. Su grito de guerra era: ¡Viva el rey, Inglaterra y Bonchamps!

En aquel momento hacíanse en Londres grandes preparativos, porque Puisaye se había entendido perfectamente con los ministros ingleses. No le concedían todo lo que se le prometió al principio, porque la pacificación disminuía la confianza; pero otorgábanle los regimientos emigrados y un material considerable para intentar el desembarco; además de esto le prometieron todos los recursos de la monarquía, si el principio de la expedición tenía un buen resultado. El interés solo de Inglaterra debía hacer creer en estas promesas, porque expulsada del continente desde la conquista de Holanda, recobraba un campo de batalla en el corazón mismo de Francia y componía sus ejércitos con franceses. He aquí los medios que se daban á Puisaye: los regimientos emigrados del continente habían pasado al servicio de Inglaterra desde la campaña actual; los que formaban el cuerpo de Condé debían, según se ha visto, permanecer en el Rhin; mientras los otros, que sólo eran restos, se embarcarían en las desembocaduras del Elba para trasladarse á Bretaña. Además de estos antiguos regimientos, que llevaban escarapela negra, y estaban muy disgustados del inútil y mortífero servicio en que les empleaban las potencias, la Inglaterra consintió en organizar nueve regimientos nuevos á su sueldo, con escarapela blanca, para que su aspecto fuese más francés. La dificultad estaba en reclutarlos, porque si en el primer momento de entusiasmo habían consentido los emigrados en servir como soldados, ya no querían serlo, y por lo tanto se pensó en reunir en el continente desertores ó prisioneros franceses. El conde d'Hervilly había hallado en Londres refugiados toloneses que formaban un regimiento, y agregándolos al suyo pudo hacerle ascender á mil ciento ó mil doscientos hombres, es decir, á más de las dos terceras partes del completo. El conde Hector organizó el suyo con marinos emigrados y reunió seiscientos hombres. El conde de Dresnay encontró en las cárceles bretones alistados contra su voluntad al efectuarse la primera requisita y hechos prisioneros durante la guerra, y reunió cuatrocientos ó quinientos; pero éstos fueron todos los franceses que pudieron hallar para servir en los regimientos de escarapela blanca; de modo que de los nueve sólo se reunieron tres, uno que sólo tenía dos terceras partes del contingente y dos una tercera. Hallábase todavía en Londres el teniente coronel Rothalier, que mandaba cuatrocientos artilleros toloneses, y se organizó con ellos un regimiento de artillería, así como otro de zapadores con varios ingenieros franceses. En cuanto á la multitud de emigrados, que sólo querían servir con su antigua graduación, sin que se hallaran bastantes soldados para constituir regimientos, resolvióse formar con ellos cuadros que se llenarían con los insurgentes de Bretaña, donde no faltaban hombres, sino oficiales instruidos,

cuyo empleo natural ocuparían ellos. Enviáronlos á Jersey con el fin de organizarlos y tenerlos dispuestos para el desembarco. En cuanto á Puisaye, al mismo tiempo que proporcionaba tropas buscaba dinero. Inglaterra le prometió desde luego suficiente cantidad; pero como él quería asignados, obtuvo autorización de los príncipes para fabricar tres millones falsos, y empleó en esta ocupación á los clérigos ociosos que no servían para tomar las armas. El obispo de Lyon, que no consideraba esta resolución como Puisaye y los príncipes, prohibió á los eclesiásticos tomar parte en ella; Puisaye hubo de recurrir entonces á otros empleados y fabricó la suma deseada. Necesitábase también un obispo que desempeñase el papel de legado del papa en los países católicos; y recordando que un intrigante, el supuesto obispo de Agra, arrogándose este título en la primera guerra de la Vendée, había tenido extraordinaria influencia sobre los campesinos, llamó á su lado al obispo de Dol, comisionado de Roma. En seguida solicitó que el conde de Artois le diese los poderes necesarios para el mando de la expedición y para nombrar todos los oficiales mientras él llegaba. El ministerio inglés le confió por su parte la dirección de aquélla; pero desconfiando de su temeridad y de su afán por llegar á tierra, encargó al conde d'Hervilly que mandase los regimientos emigrados hasta el momento de desembarco.

Apenas terminadas aquellas disposiciones, embarcóse en una escuadra el regimiento de d'Hervilly, los dos de Hector y Dresnay, todos con escarapela blanca; los cuatrocientos artilleros toloneses, mandados por Rothalier, y un regimiento emigrado de antigua creación, el de La Chatre, conocido con el nombre de Leal Emigrado y reducido por la guerra del continente á cuatrocientos hombres: este valeroso resto se reservaba para las acciones decisivas. Proveyóse á esta escuadra de víveres para un ejército de seis mil hombres durante tres meses, cien caballos de silla y tiro, diez y siete mil uniformes completos de infantería, cuatro mil de caballería, veintiséis mil fusiles, diez piezas de campaña y seiscientos barriles de pólvora. Dieron á Puisaye diez mil luises de oro y libranzas contra Inglaterra, para añadir á los falsos asignados recursos de hacienda más seguros.

La escuadra en que iba esta expedición se componía de tres navíos de línea de setenta y cuatro cañones, dos fragatas de cuarenta y cuatro, cuatro navíos de treinta ó treinta y seis; varias lanchas cañoneras y barcos de transporte. La mandaba el comodoro Waren, uno de los más distinguidos y valientes oficiales de la marina inglesa. Esta era la primera división. Conviniere en que tan pronto como saliesen marcharía otra división naval á recoger los emigrados que formaban cuadros en Jersey; que cruzaría algún tiempo delante de Saint-Maló, donde Puisaye tenía relaciones con algunos traidores que habían prometido entregarle este punto, y que después, si no lo hacían así, marcharía en busca de Puisaye conduciendo los cuadros. Al mismo tiempo debían ir á la desembocadura del Elba algunos barcos de transporte para recibir los regimientos emigrados de escarapela negra y llevarselos á Puisaye. Juzgaban que todas estas fuerzas llegarán casi al mismo tiempo que él. Si se realizaba todo cuanto había dicho, si se efectuaba el desembarco sin dificultad y acudía una parte de la Bretaña á recibir á Puisaye, y si conseguía éste ocupar una

fuerte posición en las costas de Francia, bien porque le entregasen Saint-Maló, Lorient, el Puerto Luis ú otro cualquiera, entonces se haría á la vela otra expedición con un ejército inglés, nuevos recursos materiales y el conde de Artois. En efecto, lord Moira había salido á buscar á este príncipe en el continente, y sólo podía hacerse una objeción á todas estas disposiciones, que era el dividir la expedición en muchos destacamentos, pero más que todo el no ponerse al frente del primero el príncipe francés.

Dióse á la vela la expedición á fines de pradiar (mediados de junio), llevando Puisaye á su lado al obispo de Dol, una multitud de clérigos y cuarenta nobles, todos de apellidos ilustres, que servían como meros voluntarios. El punto de desembarco era un misterio para todos, menos para Puisaye, el comodoro Waren, MM. de Tinteniac y de Allegre, á quienes había destacado Puisaye para anunciar su llegada.

Después de muchas juntas y deliberaciones se había dado la preferencia al Sur de la Bretaña más bien que al Norte, decidiéndose por la bahía de Quiberón, una de las mejores y más seguras del continente, que conocían perfectamente los ingleses porque habían anclado en ella mucho tiempo. Mientras la expedición se daba á la vela, Sidney-Smith y lord Cornwallis amenazaban todas las costas para alucinar á los ejércitos republicanos sobre el verdadero punto del desembarco, y lord Bridport protegía el convoy con la escuadra que se hallaba fondeada en las islas de Ouessant. La marina francesa del Océano era poco temible desde el crucero del último invierno, en cuyo tiempo la escuadra de Brest había sufrido incesantemente malos temporales. Sin embargo, Villaret-Joyeuse recibió orden de salir con los nueve navíos de línea anclados en Brest para ir á unirse con una división bloqueada en Belle-Isle. Salió, y después de haberse unido á esta división y dado cara á algunos navíos ingleses, se volvía á Brest cuando una fuerte tempestad dispersó su escuadra. Perdió algún tiempo en unirse de nuevo á ella, y entretanto halló la expedición destinada á las costas de Francia. Era superior en número y podía arrebatarla toda; pero el comodoro Waren, conociendo el peligro, se cubrió con todas sus velas y puso el convoy lejos, de modo que parecía una segunda línea, enviando al mismo tiempo dos buques veleros en busca de la grande escuadra de lord Bridport. No creyendo Villaret combatir con ventaja, siguió su rumbo hacia Brest, según las instrucciones que se le habían dado; mas en el mismo instante llegó lord Bridport y atacó la flota republicana. Era el 5 mesidor (23 de junio), y queriendo Villaret alinearse con el *Alejandro*, que era muy pesado, perdió un tiempo irreparable en maniobrar. Entró la confusión en su línea, perdió tres navíos, el *Alejandro*, el *Formidable* y el *Tigre*, y sin poder tocar á Brest vióse obligado á refugiarse en Lorient.

Habiendo dado principio la expedición con una victoria naval, se dirigió á la bahía de Quiberón. Una división de la escuadra fué á intimar la rendición á la guarnición de Belle-Isle en nombre del rey de Francia; pero sólo recibió del general Boucret una respuesta valiente y algunos cañonazos. El convoy ancló el 7 mesidor (25 de junio) en la misma bahía de Quiberón. Puisaye, según las noticias que había adquirido, sabía que